



Secciones

LA NACIÓN
INDEPENDIENTE DESDE 1946

INSTITUTO NACIONAL DE LAS MUJERES

Columnistas

Madre no hay ninguna

La literatura suele reescribir las historias acalladas por los autobombos de la filosofía y de otras bellas artes

Regalar

Escuchar

Por María Flórez-Estrada Pimentel

19 de mayo 2024, 09:10 p. m.

Mujeres de míticas jaquecas, nervios, hipertensiones, adicciones, manipulaciones, descuidos, egoísmos y abandonos, o todo lo contrario, de sobreesfuerzos, heroísmos, altruismos, amores incondicionales, abnegaciones y tantas otras locuras.

Con la modernidad, toda madre fue transformada en una quimera, es decir, en un adjetivo superlativo, fuera de beneficios o maleficios, y, tras esa simulación, se enturbió de la vista a la mujer “insignificante”, por estar llena, no de gracia, sino de hambre propia y soledades de escalofrío.

De un modo u otro, es decir, literario o médico, llega la hora de hablar de aquello para lo que no habría perdón, es decir, del amor que no es, de las mujeres reales que la cultura oculta tras el encargo imposible de la maternidad.

Dos relatos costarricenses recién publicados, *Una mujer insignificante*, de Catalina Murillo, y *Orfandad*, de Juan Hernández, cuya lectura recomiendo, presumen ese duelo.

Con estilos y lugares divergentes, empujan al abismo hasta restregar la cara en él, como en el caso de Hernández o, de Murillo, quienes jalan tensamente hacia la angustiante domesticidad de esa desconocida que siempre estuvo: la madre “ama de casa”.

Publicidad

Son lecturas riesgosas, pues, como toda ficción, carean los mitos embarrialados del pura vida, de los cuales los discursos políticos siguen agarrándose con las uñas.

Publicidad

Pobreza política

Hernández aborda el derrumbe de la idea de familia, de la cual popularmente se afirma que si se mantiene unida hay esperanza en la vida, pero cuya vigencia pesa como un megalito sobre el aguante de la madre. ¿Cuánto ocurre que ni siquiera hay un hogar donde mantener pegado y, mucho menos, un padre, pero la demanda por la falta de cuidados es siempre para ella?

El hambre, el abuso, el fracaso escolar, la adicción, el crimen o el intento suicida son heridas que traen y llevan las generaciones junto con el rencor hacia la madre, cuando no logran humanizarla. Consecuentemente, el reclamo también se desliza al abandono que se atribuye a la madre patria.

“La gente que no ha sufrido la pobreza en su carne hace campaña para destruirla. Entonces esa gente cobra salarios para salvar a los pobres del mundo. Y su filiación política es aquella que le permite sostener sus beneficios, sus privilegios. Yo pasé hambre. Nunca estuve expuesto a una campaña contra ello. Nunca tocaron a mi puerta para aliviarla. Ahora, grande, no me interesa pensar en la pobreza. No me interesan los pobres y sus problemas.

“El primer deseo del pobre es ser rico y adquirir todo lo que nunca pudo de pobre. La clase obrera, el proletariado, todas esas categorías sociales para designar a quienes nacieron por debajo del suelo subyacen ante la asociación solidarista que les entrega paquetes de vacaciones ‘todo incluido’, televisores de plasma, línea blanca; todo lo que el pobre nunca tuvo de nacimiento, lo adquiere de grande, en cuotas, con tasa fija unas veces, con un porcentaje mínimo, otras. Los ahorros del pobre son la posibilidad de tener una tarjeta de crédito”, monologa Hernández, en una de sus peroratas más recias.

La carencia no solo golpea las necesidades básicas, sino también la subjetividad y la viabilidad moral, al punto que invita a sonreír con amargura en la cara de la política.

“La familia no sospecha que detrás de algunas paredes los niños pobres somos desvestidos entre nosotros y nos tocamos para el deleite de nuestros mayores. La gente que te da pan, techo y conocimiento no sabe de estas cosas. No saben que por probar por primera vez un helado, un confite, tener una moneda, los niños pobres nos corrompemos como lo desea un adulto”, agrega.

Mas, cuando la infancia víctima de abuso busca su revancha en los animales, el relato expande el límite de la perversión, pues ya no se trata solo de ensañarse, a su vez, con alguien más vulnerable, sino de trivializar ácidamente su agonía.

El texto de Hernández se nutre de otros que componen la larga tradición literaria que la filósofa feminista Victoria Sau caracteriza como la del hijo que lleva al extremo la desesperación de no tener una madre, es decir, completitud. “En realidad se mata a la impostora, a la que es y no es. A la que exaspera”, dice Sau.

Estado de ‘bienestar’

Lejos de los barrios del sur y más próxima al olimpo de la Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, ese en el cual, a diferencia del griego, los dioses son todos hombres, la ficción de Catalina Murillo desmadeja, en su intimidad, lo que la estadounidense Betty Friedan llamó *la enfermedad del ama de casa*, el “malestar que no tiene nombre”, esa refinada creación del Estado social en la década de los 40 del siglo pasado, para el confort de los amos y señores.

“Aristóteles y Alejandro Magno a la vez, o padre e hijo a la vez, era ese niño-hombre que, a los veintidós sentenció: si no me caso con esa, no me caso con ninguna. Sus deseos eran sus órdenes. Así había sido siempre en su vida. Y justamente pasaba por ahí —modosa, coqueta e insegura— Águeda, cuyos deseos eran sus desórdenes”, escribe Murillo al introducir al catedrático de “las alturas”, el padre-esposo en función del cual gravitó el hogar.

Su relato se interna por un trillo en el paraje familiar, pero evoluciona, como en las fábulas infantiles, hacia un bosque extraño. En el camino, se pierde a la madre y se va redescubriendo a la que es “a la fuerza”, a la “impostora” de Sau.

“Mamá se encerraba en su habitación y desaparecía por horas; se dejaba en paz ella misma y lo mejor, nos dejaba en paz a los demás. Las jaquecas fueron un cuartel de las mujeres del siglo veinte, eran la única licencia para desaparecerse un rato del mundo. Para las jaquecas, le daban pastillas que, más tarde me vine a enterar, eran antidepresivos”, comienza a entender la hija.

Como sucedió a muchas amas de casa, Águeda ansiaba otra vida. “¡No lo amo, no lo amo! ¿Cómo me voy a casar con él si no lo amo? Los gritos son de la no tan joven Águeda la víspera de su boda con un muchachillo Zamora. Tales gritos han atravesado un siglo y llegado hasta aquí porque me lo contó la prima hermana de mi madre, que visité hace poco, que entonces era muy pequeña, ah, pero el cuento, ese, es imperecedero. Y ‘Cartago tremenda est’”.

Lo de Murillo no es reclamo, sino desconcierto y descubrimiento. “Dígame quién es usted, madre”, parece rogar a la mujer que pasó del empastillamiento al cáncer para, finalmente, readueñarse de sí misma, pero que ya no puede hablar.

“Qué laberíntico es recordar. Qué misterio, para mí misma, constatar que este es el recuerdo más doloroso que tengo de esa única mujer en el mundo a la que he llamado mamá. Tantas Águedas distintas hubo, condenadas todas a vivir dentro de una misma Águeda”, relata.

Porque la literatura suele reescribir las historias acalladas por los autobombos de la filosofía y de otras bellas artes.

maria.florezestrada@gmail.com

La autora es doctora en Estudios Sociales y Culturales, socióloga y comunicadora. Twitter [@MafloEs](https://twitter.com/MafloEs).



Únase al canal de La Nación en WhatsApp

Publicidad

Reciba el boletín: Recomendación del editor

El contenido más relevante de la semana, seleccionado por nuestros editores

documentacion@inamu.go.cr

Suscribirse

Deseo recibir comunicaciones

madres

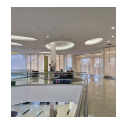
mujeres

literatura

María Flórez-Estrada Pimentel

LE RECOMENDAMOS

Local de Forever 21 en Plaza Lincoln ya tiene nuevo ocupante: conozca de qué tienda se trata



Alejandra Guzmán y sus hermanos quedaron impactados con la herencia que dejó Silvia Pinal, dice asistente de la actriz



Famoso periodista de Teletica es el nuevo presentador de 'Sábado feliz'; acompañará a Mauricio Hoffmann y Mimi Ortiz



En beneficio de la transparencia y para evitar distorsiones del debate público por medios informáticos o aprovechando el anonimato, la sección de comentarios está reservada para nuestros suscriptores para comentar sobre el contenido de los artículos, no sobre los autores. El nombre completo y número de cédula del suscriptor aparecerá automáticamente con el comentario.

Publicidad

Publicidad

Lo más leído

1. William y Kate Middleton no permitirán sirvientes en su casa por una estricta regla de crianza

2. Cráneo de 300 mil años cambiaría la historia: no era de un humano ni de un neandertal

3. Cómo se desactiva el Meta AI de WhatsApp y por qué es importante hacerlo

4. Familia de joven poeta costarricense fallecido en México solicita ayuda para repatriar su cuerpo

5. Local de Forever 21 en Plaza Lincoln ya tiene nuevo ocupante: conozca de qué tienda se trata



© 2025 Todos los derechos reservados, cualquier uso requiere autorización expresa y por escrito de Grupo Nación GN S.A.

Sobre nosotros

- Grupo Nación
- La Teja
- El Financiero
- Revista Perfil
- Sabores
- Aplicaciones
- Boletines
- Versión Impresa

Negocios

- Todo Busco
- Parque Viva
- Paute con nosotros
- Printea

Términos y condiciones

- Políticas de privacidad
- Condiciones de uso
- Estados financieros
- Reglamentos

Servicio al cliente

- Contáctenos
- Centro de ayuda
- Planes de suscripción



Miembro del Grupo de Diarios América (GDA)